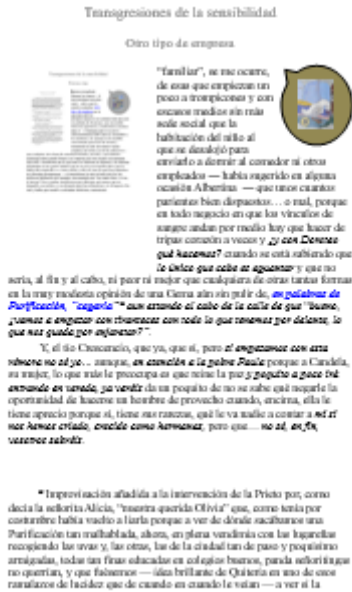


Transgresiones de la sensibilidad

Fuensanta



Que podía ser Abisinia o Recareda si el mote¹ caía en manos de Teresita Ledesma; o Celedonia si el encargado de leer la homilía de aquel domingo era don Apuleyo o si, en los tiempos todavía glamurosos de la *belle époque*, a la hermana de éste le había caído en suerte — algo ajada, es verdad, pero aun lo bastante hermosa para poder ejercer la profesión sin hacer mal papel²— deleitar a alguno de sus clientes más apreciados narrándole, en la intimidad de su gabinete y degustando una copita de licor, episodios románticos o enternecedores de una infancia que dejaban perpleja unas veces a mamá y otras veces a una señora

de la cola del super³ o, si todas fallaban — fuera por algo de dominio público o porque se hubiesen tomado (en el caso de las más misteriosas, que las había muy reservadas) lo que solía denominarse de forma un tanto críptica “día de asuntos propios”—, atónitos a individuos tan templados como Lewhgif o un tal Florencio Cardoso que siempre protestaba “no sé por qué precisamente yo, un tipo con tanto mundo que no se escandaliza de nada, me tengo, para una vez que de pascuas a ramos os dignáis invitarme, que quedar boquiabierto por semejante bobada” preguntándose, cada uno a su manera y con la entonación que más le apeteciese si venía a dar la

¹ La señorita Licinia había explicado que, entre las diferentes acepciones que la RAE da para esta palabra, una de ellas, y que era por cierto a la que ella se refería y la que le interesaba y de la que nos puso este [ejemplo para que nos fuésemos soltando](#), reza, literalmente: *frase o tema inicial de un pasatiempo literario cortesano del Siglo de Oro, que servía de pie forzado para diferentes composiciones.*

² Y más teniendo en cuenta que a medida que el negocio prosperó fue poco a poco retirándose ella de los aspectos más carnales del oficio, no teniéndose ya que quitar no el corsé, que ni la gargantilla ni el aderezo de brillantones se quitaba, allí, sentada en su sillón y pareciéndose a la reina Victoria (de Inglaterra, por lo visto).

³ Que no era ni de nuestra pandilla ni de nuestra clase, pero la llamábamos a veces cuando no teníamos las ideas muy claras porque llevaba estupendamente la cuenta de quién era quién y de dónde estábamos.

Transgresiones de la sensibilidad

Fuensanta

casualidad de que tocase por ser martes o viernes tema libre, de dónde, tan mosquita muerta que parecía y que nadie hubiese dado un duro por su capacidad para repentizar de esa manera, habría sacado un antaño y unos familiares tan pintorescos.

Recareda o Celedonia o Abisinia, pero no Fuensanta. Fuensanta no podía ser no porque hubiese ninguna prohibición expresa sino porque Fuensanta lo había cogido ya Nufñre, y con Nufñre casi nadie se atrevía a quitarle nada porque, después de lo de aquel café con leche aquel día por la mañana junto a la hoguera, cuando se le metió entre ceja y ceja que amargaba y le dijeron “pues amargar es lo que tiene que hacer, como ha amargado siempre” o que cómo quería entonces que supiera y ella dijo que “pues dulce”, y que alguien hiciera el favor de traerle un...

– ¿Cómo se llamaba, Aniceto — se paraba en seco la tía Melinda para preguntar a su marido — aquel cacharro de porcelana que no podía encontrar Fhbeaoh?

Pero ni Aniceto ni nadie fue capaz de recordar qué maldita palabra se le pudo a Nufñre ocurrir para dar nombre a algo que, o tiempo al tiempo, no existiría hasta siglos y, quién podría saber si no milenios, mucho, muchísimo después.